



Análisis Económico

ISSN: 0185-3937

analeco@correo.azc.uam.mx

Universidad Autónoma Metropolitana Unidad
Azcapotzalco
México

Novelo Urdanivia, Federico

Una semblanza acerca de la obra de José Ayala Espino, algo más que cantidades, precios y
mercados

Análisis Económico, vol. XVIII, núm. 38, segundo cuatrimestre, 2003, pp. 347-354

Universidad Autónoma Metropolitana Unidad Azcapotzalco
Distrito Federal, México

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=41303816>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal

Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

Una semblanza acerca de la obra de José Ayala Espino, algo más que cantidades, precios y mercados

Federico Novelo Urdanivia*

“Mientras yo me mantenga en la evocación de mis amigos y mis alumnos en tanto; se lean y discutan mis modestas aportaciones, yo seré victorioso”. José Ayala Espino ha muerto. La ubicación fatal del cáncer y la peculiar agonía de nuestro entrañable amigo –colmada de entereza– nos comunicaron, sin lugar a dudas, de su cercano fin. Sin embargo, la noticia es impactante. Pepe sabía, me lo dijo, que el otro *pepe* (de este modo hacía referencia a la pavorosa enfermedad) acabaría matándolo, pero juzgaba como pírrica la inevitable victoria del *otro*.

Cuando las actuales autoridades de la Facultad de Economía de la UNAM, a la que José entregó su talento y su vida, le honraron en vida, conscientes de su condición terminal, se nos informo que en una extraña y perdurable conexión virtual, a partir de su obra y su aprendizaje seguiría con nosotros y nosotros con él.

Después de participar como compilador y autor principal, en un texto ya clásico titulado *Estado y desarrollo. La formación de la economía mixta mexicana en el siglo XX* (1988), José Ayala se aplicó en muy reconocidas y premiadas indagaciones sobre los *Límites del mercado, límites del Estado* (premio INAP, 1992), para arribar a una densa y apreciable producción para la docencia, en donde la combinación de sus textos: *Mercado, elección pública e instituciones* (1996) y *Economía del sector público mexicano* (2001), logra una sustitución afortunada del libro clásico de Joseph E. Stiglitz, *La economía del sector público* (1988), con

* Profesor-Investigador de la UAM-Xochimilco (fjnovelo@cuweyatl.uam.mx).

la ventaja suplementaria, para estudiantes e investigadores, de disponer de una enorme y actualizada información respecto a la circunstancia nacional y no sólo de la teorización de experiencias del capitalismo maduro y ajeno.

Entre ambos textos, existe un esfuerzo de investigación alucinante: la elaboración de un importante diccionario, *Economía pública. Una guía para entender al Estado* (1997), obra en la que cualquier estudioso de la ciencia económica, puede apenas imaginar el esfuerzo empeñado, a partir de la poco reconfortante tarea de leer algunos diccionarios de economía. Este maratón productivo llega, en 1999, a una obra fundamental, *Instituciones y economía. Una introducción al neoinstitucionalismo económico* (1999), en cuyo inicio toma prestada, como epígrafe, una edificante cita de William Golding, de la que sólo reproduzco el último tramo del esclarecedor diálogo:

Ralph apeló a su propio buen juicio:

–Las reglas es lo único que tenemos.

Jack le rebatía a gritos:

–¡Al cuerno con las reglas! ¡Somos fuertes..., cazamos!

Ralph vuelve a replicar:

–Necesitamos más reglas y hay que obedecerlas. Después de todo no somos salvajes...Sin reglas no somos nadie.¹

En el texto aludido, indispensable en el análisis y discusión de las políticas públicas, José honra a sus dos santos laicos de la teoría neoinstitucionalista: Douglas North y Mancur Olson, con quienes se ha sentido en profunda deuda intelectual; de ahí deriva una nueva y trascendente enseñanza: el más sólido desprecio por la arrogancia, comenzando siempre por las propias tentaciones.

La producción de José Ayala concluye con un par de textos de vital importancia para los debates en curso y los que están por venir: *Los fundamentos institucionales del mercado* (2002) y *Las instituciones para mejorar el desarrollo. Un nuevo pacto social para el crecimiento y el bienestar* (2002); en éste último la propuesta neoinstitucionalista se aplica al caso de México y es la culminación natural del prolijo trabajo intelectual de nuestro queridísimo amigo, siempre atento al devenir del país.

En mi caso personal, Pepe significó muchas y muy importantes cosas, no sólo en el ámbito de la academia; nunca fui su alumno y, valga la contradicción,

¹ Golding (1968).

nunca deje de serlo. Fue un sinodal severo en la defensa de mis tesis, tanto de licenciatura como de doctorado, participó de manera brillante en la presentación de dos de mis libros y tuvo la generosidad de invitarme a presentar, también, dos de los suyos; aceptó mi propuesta para realizar un sabático como profesor invitado en la UAM-Xochimilco, con una remuneración muy poco atractiva, y me convidó, al lado de otros profesores de esa universidad, a debatir lo que habría de ser su trabajo póstumo; su amistad siempre me honró y siempre resultó reconfortante. Por ello, continúo esta evocación con las palabras que Alfred Marshall usó, el 26 de noviembre de 1900, para recordar a Henry Sidwick:

Si bien no fui de nombre alumno suyo, de hecho fui su alumno de ciencia moral y soy el más viejo de sus discípulos. Su personalidad me fascinaba. Era, por así decirlo, mi padre y mi madre espirituales: me dirigía a él en busca de ayuda cuando estaba perplejo y de aliento cuando estaba abatido, y nunca sucedió que volviera con las manos vacías. Los minutos que pasaba con él no eran minutos ordinarios; me ayudaban a vivir. Era preciso que sufriera aflicciones y dudas en cierto modo similares a las que él sufrió, dotado de una cultura más vasta y de mayor energía, para abrirme paso en la vida; y tal vez, entre todos cuantos le deben gratitud, nadie le deba tanta como yo.²

Con esa gratitud, y por siempre, habré de recordarlo.

En esa estancia, por la que pude percibir que la UAM-Xochimilco, entiende poco y mal la dimensión de los profesores invitados, las preocupaciones de nuestro personaje, siempre dispuesto a discutir su obra, se orientaron a poner en tensión la elaboración, también póstuma, de Mancur Olson, *Poder y prosperidad. La superación de las dictaduras comunistas y capitalistas* (2001), cuando esa obra no se había traducido a nuestra lengua. Con ella, parecía que la propuesta intelectual de Ayala encontró espléndida respuesta; decía él:

Debemos construir un modelo suficientemente general que nos explique, por ejemplo, la corrupción en el gobierno. Para ello, necesitamos hacer generalizaciones, seguramente incomprobadas y, a partir de ahí, elaborar hipótesis.

Olson, ya célebre por su tesis doctoral titulada: *La lógica de la acción colectiva* (1992), a la que ambos (Ayala y Olson) dispensan una importancia definitiva, acude a la invocación y lo hace con talento extraordinario:

² Citado en: Novelo (1997: 80).

Después de construir su teoría del bandido estacionario, el autócrata que existió y aún existe como expresión primaria del Estado, Olson nos ofrece la exposición y crítica del llamado teorema de Ronald Coase, quien descubrió los costos de transacción y fue el creador del supuesto que hace de las transacciones espontáneas el elemento Pareto eficiente de su cobertura, siempre que no excedan a los beneficios por recibir, y como planteamiento alternativo a Olson.

Coase enfrenta la propuesta de Pigou, relativa a los *fracasos del mercado*, que convierte a los costos sociales (los de la contaminación de aire, tierra y agua, por ejemplo) en una suerte de racionalidad productiva individual, enfrentada a la penuria colectiva, por la que nadie asume responsabilidades; Coase ilustra una especie de reflejo defensivo, siempre en beneficio del equilibrio neoclásico, el cual se apoya en la desfiguración del agente económico propuesto por la economía convencional que mostrará disposición completa a cubrir los costos ajenos a la producción, derivados de la no muy aristotélica afición humana a intercambiar, afición con la que Adam Smith pretendió refutar a Aristóteles.

De la tendencia maximizadora de beneficios y minimizadora de costos, con la cual la teoría convencional ofrece a un agente económico esclavizado por su egoísmo, surge el problema del gorrón, que será más frecuente en función directa del tamaño de los grupos, sin embargo, Olson no comparte la idea de que ningún grupo, incluso de dos personas, es capaz de satisfacer sus intereses, y que pretende ilustrarse mediante el *dilema del prisionero* que enfrenta restricciones (de aislamiento, incomunicación e imposibilidad de celebrar contratos y hacerlos cumplir) del todo ajenas a la circunstancia, digamos normal, de los agentes.

La colusión, descrita por Olson como los pactos encaminados a producir perjuicios a las instituciones vigentes, sean éstas planes, políticas públicas o construcción de clientelas electorales, siempre contrarias al cumplimiento de leyes del mercado, aparece como fundamento visible de la corrupción y ello es aplicable en cualquier parte. Olson, al igual que North, contaron con algo más que una brizna de simpatía, por parte de José Ayala y, es un supuesto totalmente creíble, ambos se hallarían honrados de haberlo leído.

Se debe destacar el carácter crítico de la obra de José Ayala, quien supo enderezar sus pavorosas baterías en contra de la economía convencional y logró hacerlo con notable destreza. Entre las notables *fallas de mercado*, hoy reconocidas hasta por el comité responsable de designar a los Premios Nobel de Economía, la selección adversa, el riesgo moral y la información asimétrica reflejan a las expresiones de esas fallas, ya del lado de la oferta, ya del de la demanda de acuerdo a su texto *Mercado, elección pública e instituciones* (1996). El tema se refiere, en lo fundamental, al carácter normativo de la teoría neoclásica que, aferrada a las

ideas de competencia perfecta, vaciamiento de mercados y equilibrio general, se encuentra imposibilitada para dar cuenta cabal de las realidades económicas, de manera que, según se hacen presentes las imperfecciones de los mercados, hasta llegar al monopolio, la soberanía de los consumidores que prometió Adam Smith va dejando jirones de dignidad en el camino.

Las teorías positivas, como el neoinstitucionalismo, al que se adscribe mi autor de referencia, intentan reflejar un mundo económico en el que los agentes no están condenados a la esclavitud de sus aficiones egoístas y maximizadoras de utilidad y beneficios, no existe la ocupación plena ni el equilibrio general, en donde, en fin, hay Estado, instituciones e incontables imperfecciones, sin que los mercados puedan vaciarse ni los agentes sean sólo tomadores de precios, a partir de la revelación de sus preferencias.

El reconocimiento de las fallas del mercado, sin menoscabo de aquellas, visibles en la intervención del Estado, conforma un espacio de tránsito de los mercados competitivos al neoinstitucionalismo en el ánimo de acercarnos a la realidad económica; en este viaje, todas y cada una de las *verdades* de la economía neoclásica, en su más depurada versión, la del Estado mínimo, se derrumban ante la fuerza de una crítica cuyos sólidos referentes provienen ni más ni menos de la realidad.

El tema, siempre complejo, viene a colación por los daños que, en la definición de la política económica de los últimos sexenios, ha producido el apego de nuestros gobernantes a un cuerpo teórico dueño de indiscutible coherencia interna, pero lamentablemente inútil por la inaplicabilidad real de sus elementales y utópicos supuestos a la situación que priva en el país y en cualquier otra realidad económica del planeta. Aquí, como bien demuestra Joseph Stiglitz (2002), no es menor la responsabilidad del FMI y en menor medida del Banco Mundial, las instituciones de *Bretton Woods*, cada vez más alejadas de las tareas que, ahí, les señaló Keynes.

Hace ya largo rato que el mismo Maynard Keynes se encargó del asunto con resultados plausibles aunque olvidados, y sin el desarrollo pleno de las argumentaciones que, en el propio marco de la economía convencional, describieran una agenda de investigación tendiente a reformar íntegramente a esa teoría. En realidad, leído con espíritu crítico, Keynes promete mucho más de lo que logra, sin estar en funciones políticas, entre el comienzo y el final de su *Teoría general*, entre la herejía y el conformismo. En su descargo, vale recordar algo que –para su propio evangelio– olvidan permanentemente los marxistas: nunca quiso fundar una nueva religión, un dogma.

Teorizar la realidad, proporcionar asideros terrenales y entendederas virtuosas a la abstracción económica, y hacer todo ello con un alto sentido de humildad intelectual, siempre resulta reconfortante. Lo anterior es más que visible en la abundante obra de José Ayala; hay que leerla. El propio Keynes escribió, biografiando a Marshall, un hermoso texto que bien podría referirse a nuestro desaparecido José:

El estudio de la economía no parece que requiera dotes especialmente relevantes. ¿No es, acaso, en el aspecto intelectual, una materia extremadamente fácil, en comparación con los estudios más elevados de la filosofía o de la ciencia pura? Y, sin embargo, un buen economista, o simplemente competente, es una auténtica rareza. Materia fácil en la que pocos destacan. Tal vez la paradoja encuentre su explicación en el hecho de que, en economía, el maestro debe poseer una rara combinación de dotes. Debe alcanzar un nivel elevado en distintas direcciones, combinando capacidades que, a menudo, no posee una misma persona. Debe ser, de algún modo, matemático, historiador, estadista, filósofo; manejar símbolos y hablar con palabras; contemplar lo particular bajo el prisma de lo general, abordar lo abstracto y lo concreto con el mismo vuelo de la idea. Debe estudiar el presente a la luz del pasado y con la vista puesta en el futuro. Su mirada ha de abarcar todas las partes de la naturaleza y de las instituciones humanas. Debe ser simultáneamente interesado y desinteresado; distanciado e incorruptible como el artista y no obstante, a veces, tan pegado a la tierra como el político. Si no plenamente, sí en muy buena parte, Marshall poseía este ideal poliédrico. Pero, por encima de todo, esta variedad de educación y de naturaleza le otorgaba el don más esencial de cuantos le son precisos al economista: era en sumo grado historiador y matemático, estudioso, a la vez, de lo particular y de lo general, de lo temporal y de lo eterno.³

Además de la densa y brillante obra intelectual que nos ha ofrecido, Pepe contaba con las cualidades de todo un experto en cine, en historia, literatura, automóviles, deportes. Su afición por contar películas o novelas completas, el extraño conocimiento de las cualidades técnicas y los precios de los automóviles último modelo, no sólo de la oferta nacional, la notable sabiduría económica, en el último tramo consagrada a entender y divulgar el variopinto histórico, teórico y práctico del Neoinstitucionalismo Económico, la pasión perpetua por explicarse y explicar las tareas del Estado, la entrega invariable por analizar la circunstancia histórica y coyuntural de México, y una enemistad invencible con la arrogancia, son una parte,

³ Keynes (1992: 185).

y sólo eso, de la amplísima gama de evocaciones a desarrollar en la conexión virtual que nos prometió.

Siempre es grande la tentación por juzgar las injusticias que acompañan a la muerte; la absurda, aunque explicable disposición a enlistar muchos más adecuados candidatos a ocupar el sitio del desaparecido. Nada de eso es útil y, en todo caso, Pepe no lo hubiera aprobado; en su permanente modestia, sólo habría sugerido ser recordado, y preferentemente no en homenajes que según su dicho le producirían sentimientos encontrados. Su cubículo, y el de los colegas, el aula y si las circunstancias lo exigían el auditorio para conferencias, representaban sus espacios preferentes. Sus lugares *cuasi* naturales de vida y trabajo; para él, ambas cosas eran lo mismo.

Será en la evocación de su laboriosa existencia, en el debate y difusión de su asombrosa producción, en el recuerdo del inagotable anecdotario que trajo a colación a propósito de casi cualquier cosa, en la imagen de su cálida vida hogareña siempre al lado de Denisse, en su afán de ser profesor y también en sus tareas de padre, en su comedimiento para aclarar dudas y remover telarañas de las mentes de sus alumnos, en su afición por temas y literaturas más o menos enigmáticos, en su permanente disposición a colocar diferencias políticas e ideológicas en el plano secundario que se merecen, para discutir todo y con todos en un ejercicio notable de tolerancia, y en su modestia y calidez extraordinarias que habrá de funcionar la conexión virtual. Que así sea.

Referencias bibliográficas

- Ayala, E. José (1988). *Estado y desarrollo. La formación de la economía mixta mexicana en el siglo XX*, México: FCE.
- (1992). *Límites del mercado, límites del Estado*, México: premio INAP.
- (1996). *Mercado, elección pública e instituciones*, México: Porrúa.
- (2001). *Economía del sector público mexicano*, México: Esfinge-FEUNAM.
- (1997). *Economía pública. Una guía para entender al Estado*, México: FEUNAM.
- (1999). *Instituciones y economía. Una introducción al neoinstitucionalismo económico*, México: FCE.
- (2002). *Los fundamentos institucionales del mercado*, México: FEUNAM.
- (2002). *Las instituciones para mejorar el desarrollo. Un nuevo pacto social para el crecimiento y el bienestar*, México: FCE.
- Golding, William (1968). *El señor de las moscas*, España: Alianza.

- Keynes J. M (1992). "Alfred Marshall" en *Ensayos biográficos*, Barcelona: Crítica-Grijalvo.
- Novelo U. Federico (1997). *Invitación a Keynes*, México: FCE.
- Olson, Mancur (2001). *Poder y prosperidad. La superación de las dictaduras comunistas y capitalistas*, España: Siglo XXI.
- (1992). *La lógica de la acción colectiva*, México: Limusa-Noriega Editores.
- Stiglitz, Joseph E. (1988). *La economía del sector público*, España: A. Bosch.
- (2002). *El malestar en la globalización*, Madrid: Taurus.